

EN ESTE NUMERO:

- EL ESCANDALO DE LA VERDAD, por J. Danielou, S. J. (páginas 9-15).
- ASAMBLEA NACIONAL DE PREFECTOS DE ESTUDIOS, por Leandro Cuadrado (pp. 16-21).
- LA INMOVILIDAD ES ANTIEVANGELICA, por Matías Castaño (pp. 32-31).



editorial

EL ESPIRITU ANTE TODO

ASI se titula desde hace muchos años una sección fija de INCUNABLE. A diferencia de otros, este título lleva consigo un aire programático. Se afirma algo en él: que sobre la técnica, los medios materiales, la reflexión, el pensamiento... hay algo que debe prevalecer, que es absolutamente imprescindible. Eso, casi indefinible, que llamamos espíritu.

La sección estaba justificada al tiempo de nacer, y lo va estando cada vez más. Porque, por influjo de la sociedad que nos rodea, también cada vez más tecnificada, vamos insensiblemente sucumbiendo a la tentación de pensar que es la revisión ideológica, el perfeccionamiento de los métodos pastorales, la mayor brillantez de las publicaciones, lo que puede servir para cristianizar el mundo en que vivimos. Y que eso no es verdad, nos lo demuestra claramente la franca regresión de no pocos valores cristianos, pese a esos mayores perfeccionamientos técnicos.

Los mismos especialistas en régimen de empresas nos dirán que también en su campo es mentira que sólo cuente la técnica, que se hundan empresas maravillosamente dotadas de maquinaria y organización, y se abren camino otras en las que hay un equipo dirigente bien compenetrado, que trabaja con entusiasmo e ilusión. Los conocedores de la ciencia política nos hablarán de países regidos de manera impecable, que les preocupan por ver cómo se van hundiendo en el despego y el escepticismo, mientras otros, con toscos instrumentos y dificultades inmensas, irrumpen en el mundo empujados por ideales que hacen vibrar a sus cuadros y a sus masas.

Todo eso, con mucha más fuerza, y con razones enormemente más poderosas habría que repetirlo dentro de la Iglesia. Ni la transformación interna de ésta, ni su presencia efectiva en el mundo contemporáneo, ni el anuncio misionero del Evangelio a todas las gentes, ni la elevación y purificación del culto tributado

a Dios... serán posibles si no les precede una radical novación de nuestro espíritu. El mundo cambiará cuando los cristianos, y más aún los sacerdotes, dejemos de ser lectores y comentaristas de libros y más libros, para entregarnos de veras, con encendida ilusión, a las tareas que en esos libros se explican.

No menospreciamos ni la luz que pueden dar las encuestas de sociología religiosa, ni el papel decisivo del pensamiento puro aplicado a las realidades religiosas, ni la tarea que espera a un arte religioso en trance de superación... pero afirmamos con todas nuestras fuerzas que nada de eso es suficiente. Nos alarma ver que cada vez se habla más y se hace menos; que parecemos caminar más hacia una reunión de teorizantes que hacia un pueblo que camina hacia Dios con vigorosa ilusión; que cunden el escepticismo, el desánimo, la crítica, justamente cuando el Concilio ha señalado nuevas cotas a la vida eclesial, más altas y más limpias que nunca. Hora es ya de preguntarse si nuestro crecimiento en conocimientos, en apertura al extranjero, en lecturas, en diálogos, en reuniones, en experiencias, en novedades... está siendo o no acompañado de un parejo crecimiento en espíritu. No sea que dejando atrás el taller de artesano en que trabajamos con tan encendida ilusión como modestos medios vayamos a caer en una mastodóntica empresa estatal en que el contribuyente ha puesto una perfectísima maquinaria que sólo está al servicio de un déficit inmenso que el mismo contribuyente ha de sufragar.

Seguimos pensando que no hay estructuras capaces de suplir la falta de espíritu, por muy perfectas que sean. Pero, en la práctica, ¿obramos como quienes están convencidos de que efectivamente lo que hace falta es «El espíritu ante todo»? Exáminese cada cual y responda luego.

INCUNABLE.